

24 - X - 12 - 88

En la Urbe de Hierro se Gesta Nueva Subclase

Ilegales en NY, al Final del Final

- ★ Mexicanos Pobres de Aquí y Allá Reciben lo Peor
- ★ Avergüenza e Indigna, Pero Sobre Todo, Desespera
- ★ No Depende del País, Sino del Sistema Politico

LORENZO MEYER

NUEVA YORK, 23 de diciembre—Nueva York es una ciudad norteamericana única. Ninguna de las otras grandes urbes de Estados Unidos se le asemeja en su complejidad social. Entre otras cosas, es la más cosmopolita de todas; aquí hay representantes de prácticamente todos los grupos étnicos, nacionalidades y religiones en número suficiente como para tener sus organizaciones sociales, iglesias, restaurantes. Los WASP (anglosajones blancos y protestantes) dominan, pero viven inmersos en un mar de minorías.

La comunidad negra, por ejemplo, puede ser norteamericana, haitiana o jamaiquina. La asiática está compuesta de chinos, coreanos, hindús, filipinos, etcétera. La blanca tiene de todo: irlandeses, griegos, armenios, rumanos, polacos, italianos. El Oriente Medio se lo encuentra uno a cada paso en tiendas y restaurantes de libaneses, palestinos, judíos. Y desde luego, también está la comunidad latinoamericana encabezada por puertorriqueños y dominicanos. a los que hay que añadir colombianos, centroamericanos y, desde luego... mexicanos.

Según el censo de 1980, los mexicanos residentes

Final del Final

sultado es que el indocumentado debe abandonar su empleo sin haber cobrado un solo centavo y volver a buscar quién le dé empleo por debajo del salario mínimo, esperando que esta vez sí le pague. Quien ha sido robado de lo único que tiene para sobrevivir —su trabajo manual— en un ambiente extraño, y hostil está totalmente indefenso para exigir justicia, pues su enemigo principal resulta ser no quien lo engañó, sino justamente las autoridades defensoras de la "ley y el orden", pues ellas son las que pueden deportarlo.

Cuando finalmente este mexicano sin papeles consigue trabajar para alguien que sí le pague, y aunque trabaja más que el promedio, su ingreso será menor que el del promedio; en realidad será menos de 10 mil dólares al año, que es la línea que separa a los meramente pobres de los realmente menesterosos. Según los investigadores citados, el ingreso promedio de los mexicanos indocumentados es hoy en Nueva York quizá la ciudad más cara de Estados Unidos— de 180 dólares a la semana, es decir, 9,360 al año, sin más descanso que los domingos. Si ganara estrictamente el salario mínimo su ingreso debería ser de 200 ó 240 dólares a la semana o sea de 10,450 a 12,500 dólares anuales, lo que tampoco es una fortuna. Y con esa cantidad —que, pese a todo, es siete veces superior a lo que gana en México aquel que tiene la suerte de recibir el salario mínimo— hay que comer, pagar renta, vestirse... y ahorrar para recuperar lo invertido en el viaje y, sobre todo, para algún día volver a Zoyotla, a Piaxtla o a donde sea que estén las raíces, y poder edificar la tan anhelada casa, comprar el taxi o poner el taller, pues ese es el objetivo principal de todo ese enorme esfuerzo que significa venir de México y sobrevivir en Nueva York sin más capital que un par de brazos.

De los mexicanos en Nueva York menos de 7 mil han solicitado la amnistía que, según las condiciones establecidas por la IRCA, les permitiría legalizar su residencia y buscar trabajos donde el nivel de explotación no sea extraordinario sino simplemente ordinario. El resto de la comunidad, y los que vendrán, han quedado condenados al submundo del trabajo clandestino, que es lo más cercano que hay en

esta economía central a las condiciones de esclavitud. De aquí en adelante, el mexicano indocumentado vendrá exclusivamente a cubrir esa demanda de mano de obra subpagada (superexplotada que los nativos ya no ofrecen (los salarios son tan bajos, que otorgan un ingreso menor al que se obtiene viviendo simplemente del well-fare) pero que es lo único que permite a un sector marginal de la economía norteamericana sobrevivir: pequeños restaurantes o comercios de venta al menudeo, confección de cierto tipo de ropa, etcétera.

Así, en esta ciudad de contrastes, donde 57% de los que viven alrededor de Battery Park reportan un ingreso superior a los 75 mil dólares anuales, los de East Harlem viven con menos de los 10 mil. En este medio, los trabajadores mexicanos están al final del final. Ellos viven, o sobreviven, en las zonas más deprimidas de esta urbe: en East Harlem o Washington Heights en Manhattan, en Williamsburg o Bushwick en Brooklyn, o en South Bronx. Una de las casas en donde algunos de ellos se hospedan tiene 26 inquilinos y otra 42; cuando uno desocupa la cama para ir a trabajar, otro que está llegando la ocupa. Esto no es vivir, sino sobrevivir.

Es claro, aunque pocos lo aceptan, que de alguna manera el alto nivel de consumo de quienes viven en el Upper East Side o Battery Park, está conectado de manera indirecta pero inevitable, con el deprimido y deprimente nivel de vida de quienes ganan 180 dólares a la semana por trabajar 12 horas diarias. Incluso se puede apuntar que este fenómeno es parte de la integración mexicana de facto al gran mercado común de la América del Norte. Pero de tal integración, los mexicanos pobres de allá o acá, parecen estar destinados a recibir la peor parte. Esto avergüenza e indigna, pero sobre todo desespera, pues en el corto plazo es poco lo que se puede hacer en México o acá para revertir esta situación. Si vienen malo... si no vienen peor. La condición tercermundista no cambia al traspasar la frontera, parece ser irrenunciabile porque no depende del país en que uno nació, sino del sistema global en que vivimos.

Ilegales en NY, al

Sigue de la primera plana

en la ciudad de Nueva York eran 7,380. Esa cifra es totalmente irreal. La verdad es que nadie sabe cuántos mexicanos indocumentados viven hoy en Nueva York, pero un colega dedicado al estudio de las corrientes migratorias me señaló que podrían estar en lo cierto quienes suponen que son apenas 20 mil, pero que bien podrían ser 50 mil, aunque tampoco se puede descartar sin más el cálculo de los que redondean la cifra en los 100 mil. De acuerdo con los datos de Sylvia Moreno, una periodista, existen en la ciudad de Nueva York tres fábricas de tortillas propiedad de mexicanos —una de ellas emplea a 24 de nuestros connacionales— destinadas básicamente a surtir la demanda de la comunidad mexicana, lo que muestra que ésta es va lo suficientemente numerosa como para crear algunas demandas específicas que se notan. Es la misma comunidad que ha formado 26 equipos de fútbol (sus juegos son los fines de semana en las canchas del parque que se encuentra en Washington Heights). Esa comunidad también puede ya llenar la catedral de San Patricio el día de la Virgen de Guadalupe (con la ayuda, claro está, de los centroamericanos) o proveer una buena asistencia a una posada pública en el Lower East Side.

De manera natural, cada uno de nosotros tiende a entrar en contacto con su propia clase y grupo social. Así pues, al llegar a Nueva York en agosto pasado mi encuentro con los mexicanos de acá se dio con los sectores académicos; se trata de un grupo compuesto principalmente por estudiantes de posgrado y un puñado de profesores. Con el tiempo, pude tener algún contacto con otro grupo que bien podría ser considerado como superdocumentado, o sea el de los diplomáticos del consulado y de la representación ante Naciones Unidas, o los representantes de las organizaciones financieras mexicanas. Sin embargo, pongo atención tanto en las facciones como en el acento y los giros del lenguaje, empecé a notar a otro tipo de mexicanos con quienes el contacto es más difícil, menos espontáneo y, en cualquier caso, bas-

tante doloroso: los indocumentados.

Como es obvio, ellos son los que conforman el grueso de los residentes mexicanos en esta gran urbe y a los que el censo no registra. Se encuentran en todas partes; entre los empleados que despachan en la tienda que está a la vuelta de mi departamento (en la avenida Amsterdam, casi llegando al Harlem); son las personas que salvo en los días de frío muy intenso, venden pequeños ramos de flores en Broadway; son los que salen de la cocina del restaurante de medio pelo, y sin decir nada y moviéndose con discreción, recogen los trastes sucios; son los que cargan las cajas de mercancías en las innumerables y pequeñas tiendas de abarrotes que abundan en Manhattan.

De acuerdo con los datos que ha recabado un estudiante graduado, Robert Smith, y que los presentó ante la Comisión de Derechos Humanos de la ciudad de Nueva York, así como los que se encuentran en un amplio reportaje de Sylvia Moreno en el *New York Newsday*, los mexicanos indocumentados en Nueva York están formando una subclase proletaria cuya característica central es la de estar sujetos a una explotación casi sin paralelo entre los otros grupos de trabajadores inmigrantes, y lo que es peor, es muy difícil que estos superexplotados abandonen su condición, pues han caído en un círculo vicioso a raíz de que entró en vigor la tristemente célebre Immigration Reform and Control Act (IRCA) de 1986.

★

La comunidad de trabajadores mexicanos en Nueva York surgió, quizá, hace 60 años, con un pequeño grupo de veracruzanos. Hoy día posiblemente un tercio de los trabajadores indocumentados mexicanos que viven y trabajan en Nueva York vienen de Puebla, o para ser más exactos, de pueblos de economía muy rudimentaria como Piaxtla o Zoyotla, cerca de Atlixco. Esta emigración se inició hace unos diez años y hoy, pese a los castigos que impone la IRCA a quienes contraten trabajadores indocumentados, la emigración de allá hacia acá continúa imparable (un censo descubrió

este año que 40% de los vecinos de Piaxtla se encuentran hoy en Nueva York. Ley o no ley, para estos poblanos no hay alternativa a venir a Nueva York, ya que las fuentes de trabajo locales no dan para vivir (manufactura de canastas o patates) y las remesas de dólares desde Nueva York son el factor principal que mantiene un cierto dinamismo en esa región pobлана. Por otro lado, aunque para octubre las autoridades de migración habían multado a 25 empleadores de indocumentados, los empleos para éstos no se han cerrado, simplemente se han hecho más difíciles.

La vida del mexicano que emigra a Estados Unidos nunca ha sido fácil, pero hoy lo es menos. Aquella época durante la II Guerra Mundial, en que el convenio de braceros ofrecía al trabajador mexicano transporte, seguro y albergue, es una época dorada que hoy resulta casi inimaginable y, desde luego, irrecuperable. Para empezar, hoy el viaje corre por cuenta del trabajador, el patrón se lo ahorra. Los poblanos que desean entrar ilegalmente a Los Angeles para desde ahí trasladarse a Nueva York, deben pagar un promedio de 800 dólares, cifra que hoy día no cualquiera puede reunir en México.

Ahora bien como a partir del 1o. de junio, la I.R.C.A. obliga a todos los posibles empleadores de los mexicanos a exigirles documentos, no cualquiera les da trabajo. El empleador de mexicanos tiene que correr ahora un riesgo; y ese riesgo se lo cobra a su empleado! Las investigaciones de campo de Robert Smith, muestran que no es infrecuente que un mexicano recién llegado reciba una oferta de trabajo en, digamos, una tienda de abarrotes propiedad de un coreano. El salario, claro está, será por debajo del mínimo, que en Nueva York es de 3.35 dólares la hora. La jornada normal en este caso es de 10 a 12 horas diarias 6 días a la semana (para estos mexicanos de fines del siglo XX, las condiciones de trabajo resultan ser muy similares a las anteriores a la Revolución de 1910). Sin embargo, tampoco es infrecuente que al cabo de la primera o incluso segunda semana, cuando el nuevo empleado exija su paga, el patrón le pida, como condición para el pago, los papeles que debió exigir el primer momento. El re-